AGORA cumple tres años y dedica su fiesta a Gerardo Diego.
Que tiene versos en los museos, con sala para ellos solos, y en la corteza fresca de los árboles.
Poeta español a pie, que pasa por la acera de los conocidos puntual y a su paso.
Zapatos pulcra, politesmente silenciosos, de policía francés de Gabinete.
Que tiene en la voz nidos románticos y al atardecer se sienta junto al río para rezar el rosario con el sauce.
Que sufre ausencias de piano.
Que tiene un Dóminus más musical que el nuestro.
Brazos que se alzan ágiles para atrapar dones de Dios, o puntuar la ira, o brindar, o abrir el camino al verso en el aire.
Cabal Antifonario poético clásico y novísimo.
En el parpadeo, en las manos, en la frente, relámpagos polacos.
Hombre que se pasa los afilados, blancos, hambrientos pareados por la faja salmón.
Banderillero bueno—como Lope—que pone en todo lo alto sus banderillas rizas rimándolas en consonante.
¿A cuántos matadores ha velado en la enfermería de la plaza su figura leal, oblicua, honda, silenciosa?
Niño cantor que fué, varón de varioespejo, gran guitarra con orla de diamantes, gran sol de Jolito, medalla individual de vanguardia de primera clase, cofrade del Santo Niño de la Palmera, veleta directora de vientos, gran artífice de la cantata, hombre de primeras y últimas letras, académico de la Española, maestro, amigo.
¡Impávido y juncal Gerardo Diego!